



Tu y el cambio climático

El papa Francisco acaba de publicar la Exhortación apostólica *Laudate Deum*, un breve texto en que profundiza con acentos de creciente preocupación en sus anteriores enseñanzas sobre la actual crisis climática. Lo que más me ha interesado de ese texto pontificio es el capítulo final (nn. 61 y ss.) en que apela a la responsabilidad personal para que cada uno asumamos estilos de vida que –ajenos al consumismo irresponsable– coadyuven al sostenimiento del planeta. Así, por ejemplo, dice lo siguiente:

No obstante, todo suma, y evitar entre todos un aumento de una décima de grado en la temperatura global ya puede ser suficiente para evitar algunos sufrimientos a muchas personas. Pero lo que importa es algo menos cuantitativo: recordar que no hay cambios duraderos sin cambios culturales, sin una maduración en la forma de vida y en las convicciones de las sociedades, y no hay cambios culturales sin cambios en las personas.

El esfuerzo de los hogares por contaminar menos, reducir los desperdicios, consumir con prudencia, va creando una nueva cultura. Este solo hecho de modificar los hábitos personales,

familiares y comunitarios alimenta la preocupación frente a las responsabilidades incumplidas de los sectores políticos y la indignación ante el desinterés de los poderosos. Advirtamos entonces que, aun cuando esto no produce de inmediato un efecto muy notable desde el punto de vista cuantitativo, sí colabora para gestar grandes procesos de transformación que operan desde las profundidades de la sociedad.

(las negritas son mías, no del texto papal).

Esta consideración de Francisco me recordó un libro de una ecologista nórdica que leí hace tiempo y que recensioné en *Nueva Revista*; en el que la autora defiende la misma idea del papa pero arropada por abundante información y ejemplos prácticos de cómo todos podemos influir con nuestros hábitos de conducta y consumo en el equilibrio ecológico de nuestro entorno.

En el siguiente link os ofrezco aquella reseña y os invito a leer el libro:

Avisos

Los primeros sábados de mes de 6 a 7 de la tarde comenzamos la escuela de evangelizadores en el salón de la parroquia.

Terceros sábados de mes de 6 a 7 de la tarde Adoración y alabanza

Domingo XXIX del Tiempo ordinario

Lectura del libro de Isaías

Así dice el Señor a su Ungido, a Ciro, a quien lleva de la mano: «Doblegaré ante él las naciones, desceñiré las cinturas de los reyes, abriré ante él las puertas, los batientes no se le cerrarán. Por mi siervo Jacob, por mi escogido Israel, te llamé por tu nombre, te di un título, aunque no me conocías. Yo soy el Señor y no hay otro; fuera de mí, no hay dios. Te pongo la insignia, aunque no me conoces, para que sepan de Oriente a Occidente que no hay otro fuera de mí. Yo soy el Señor, y no hay otro.»

Sal 95, R/. **Aclamad la gloria y el poder del Señor**

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses:

Pablo, Silvano y Tirnoteo a la Iglesia de los tesalonicenses, en Dios Padre y en el Señor Jesucristo. A vosotros, gracia y paz. Siempre damos gracias a Dios por todos vosotros y os tenemos presentes en nuestras oraciones. Ante Dios, nuestro Padre, recordarnos sin cesar la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y el aguante de vuestra esperanza en Jesucristo, nuestro Señor. Bien sabemos, hermanos amados de Dios, que él os ha elegido y que, cuando se proclamó

el Evangelio entre vosotros, no hubo sólo palabras, sino además fuerza del Espíritu Santo y convicción profunda.

Lectura del santo evangelio según san Mateo:

En aquel tiempo, se retiraron los fariseos y llegaron a un acuerdo para comprometer a Jesús con una pregunta.

Le enviaron unos discípulos, con unos partidarios de Herodes, y le dijeron: «Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad; sin que te importe nadie, porque no miras lo que la gente sea. Dinos, pues, qué opinas: ¿es lícito pagar impuesto al César o no?»

Comprendiendo su mala voluntad, les dijo Jesús: «Hipócritas, ¿por qué me tentáis? Enseñadme la moneda del impuesto.»

Le presentaron un denario. Él les preguntó: «¿De quién son esta cara y esta inscripción?»

Le respondieron: «Del César.»

Entonces les replicó: «Pues pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.»